



Carlos López Hernández

San Juan de Sahagún 2017

Celebramos en esta ocasión la fiesta de San Juan de Sahagún inmersos en el proceso de aplicación de las reformas acordadas por la Asamblea diocesana, clausurada el día 8 de octubre de 2016.

Los numerosos fieles que tomaron parte en los grupos de la Asamblea, en las sesiones finales y en frecuentes encuentros de oración y de convivencia fraternal y festiva, así como la comunidad diocesana que ha seguido el proceso con interés y unión en la oración, estamos agradecidos a Dios por este don de su gracia.

La Asamblea ha sido un soplo del Espíritu, que nos ha alentado a volver a las huellas de Jesús y nos ha abierto los ojos para una mirada evangélica a nuestra situación actual y para descubrir el paso del Señor entre nosotros en este tiempo nuevo de nuestra historia de salvación. Su Espíritu nos ha iluminado para discernir los caminos de renovación de nuestra Diócesis, en orden a su misión evangelizadora en los próximos años.

Desde la clausura de la Asamblea estamos dando los pasos necesarios para aplicar las 90 propuestas de reforma acordadas por la Asamblea. Es un proceso gozoso y esperanzador, pero lento en su desarrollo, por la amplitud y complejidad de los proyectos de reforma que se están elaborando en varias comisiones de trabajo, integradas por presbíteros, religiosos y fieles laicos. En la fiesta de la Virgen de la Vega os informaré con más detalle de estos trabajos. Hoy presento **los criterios y actitudes de renovación**, acordados por la misma Asamblea. Y lo hago también para invocar la guía espiritual de nuestro santo Patrón, al que podemos considerar como ejemplo y modelo, a pesar de las diversas circunstancias de su tiempo de reforma y del nuestro.

Nuestro Patrón, el alegre y cercano fraile agustino Juan de Sahagún, es para nosotros un auténtico testigo de la fuerza transformadora del Evangelio en cualquiera de las circunstancias en que se acepta como camino, verdad y vida. Entonces produjo el cambio de las luchas fratricidas de la ciudad de Salamanca en un oasis de reconciliación y de paz.

San Juan de Sahagún era un auténtico místico, que contemplaba visiblemente al Señor en el pan consagrado en la Misa. Tenía su corazón inundado del amor de Dios y pasó por la vida, como Jesús, haciendo el bien, amando y sirviendo a quienes más lo necesitaban: a los más pobres por su carencia de bienes materiales y a los más debilitados por su propia miseria espiritual y moral. Lleno de los bienes de Dios, sólo Dios le bastó; Dios le hizo libre de todo interés y apego a los bienes del mundo y, por ello, libre también de todo temor a mal alguno que pudieran causarles los poderosos de este mundo o los obligados por la pobreza a asaltarles por los caminos. Por todo ello,



Carlos López Hernández

tuvo la máxima autoridad moral y libertad para predicar el Evangelio con tanta elocuencia como capacidad de convicción y de mover al bien los corazones dominados por pasiones diversas y por el odio y la venganza. San Juan de Sahagún supo hacer aflorar de los corazones de los salmantinos enfrentados los mejores sentimientos que anidaban en ellos, al menos como rescoldos del fuego de su fe cristiana, aunque recubiertos de tanta ceniza de pasiones contrarias al Evangelio de Jesús. Su palabra encendida de amor y de misericordia, no menos que de lúcida y aguda denuncia de la penosa situación social, hizo posible el milagro de la concordia y la recuperación de la paz social.

A la cultura dominante actual, que encierra a las personas en el desierto espiritual de la autosuficiencia y la falta de apertura a la trascendencia, y pretende por todos los medios hacerles sentirse a gusto en su finitud insuperable, San Juan de Sahagún le muestra con gran atractivo el camino del seguimiento de las huellas de Jesús como fuente de amor pleno, de libertad audaz y creativa, de alegría contagiosa, de pobreza enriquecedora y compasiva, de esperanza liberadora de todo temor a los poderosos de este mundo. Y la Iglesia en Salamanca quiere seguir las huellas de Jesús y de su santo patrón.

Nuestra Asamblea diocesana ha estado iluminada por la Palabra de Dios en toda su riqueza, por el gran tesoro que es el Concilio Vaticano II y por la Exhortación del Papa Francisco “*La alegría del Evangelio*”. Con esta luz, y tras el discernimiento comunitario, ha propuesto iluminar la renovación de nuestra Diócesis en los próximos años con estas actitudes y criterios.

1. Renovación espiritual, para ser “discípulos misioneros” (EvGa 120).

El encuentro personal con Cristo nos convierte en discípulos suyos. Vivir el encuentro con el Resucitado y **la experiencia de la efusión del Espíritu Santo**, es esencial para la vida espiritual de cada discípulo y de la Iglesia entera. Actualizar esta efusión pascual del Espíritu, recibida en el Bautismo, Confirmación y Eucaristía, llena nuestro corazón de alegría y fuerza para ser “**evangelizadores con espíritu**” (EvGa 259).

Los **renacidos del agua y del Espíritu necesitamos saciar nuestra sed en los “manantiales del Agua viva”** (Cf. Jn 7,37-38). Encontramos esas fuentes de agua viva en la oración, la Palabra de Dios, los Sacramentos, especialmente la Eucaristía, los caminos de vida espiritual en torno a María y los Santos, y el amor a los pobres. En estas fuentes nos convertimos en “*personas-cántaros*”, que dan de beber a los demás” (EvGa 86).

Todos los discípulos estamos llamados a la misión de Jesús, somos discípulos misioneros, somos misión en la Iglesia y en medio del mundo. Y para serlo en realidad y de forma permanente necesitamos experimentar “**la dulce y confortadora alegría de**



evangelizar” (Cf. EvGa 9-13). El Evangelio es fuente de alegría plena (Cf. Jn 15,11) y solo podemos transmitirlo de forma atractiva como testimonio de gozo.

Enviados como luz del mundo y sal de la tierra, necesitamos cultivar **“una mística de ojos abiertos”**, que nos ayude a vivir en medio del mundo despiertos a las necesidades de los hermanos y de la sociedad entera, y acogiendo cuánto hay de “verdadero, noble, justo, puro, amable y loable, de toda virtud y todo valor” (Flp 4,8).

Viviendo el seguimiento de Jesús con la actitud espiritual del buen samaritano, que acoge y cuida al herido al borde del camino, **sentimos el gusto espiritual de ser pueblo**, “*de estar cerca de la vida de la gente*” (EvGa 268).

En consecuencia, nos alegramos de vivir una fe sencilla, humilde y confiada, y de **acompañar al Pueblo de Dios en su piedad popular**. Es una riqueza que nuestra Diócesis mira con los ojos del **Buen Pastor**; y la ilumina y encauza hacia una mayor autenticidad evangélica (EvGa 125).

2. Renovación pastoral: “poner más fuego en el hogar y salir al encuentro del hombre de hoy”.

Deseamos mirar la humanidad actual con los ojos del Padre de la misericordia (Cf. Lc 15,11-35). Por ello nos preguntamos, siguiendo la parábola del hijo pródigo: ¿Qué hace el Padre ante la situación de una humanidad autónoma, que ha abandonado la casa paterna en una “*apostasía silenciosa*”? Pues manifestar más hondamente su misericordia. Podemos formularlo en dos gestos: “*Poner más fuego en el hogar; y salir al encuentro del hombre de hoy*”.

2.1. **“Poner más fuego en el hogar”** es estar enraizados en el Misterio pascual de Jesús y dejarnos renovar por su celebración en la liturgia. La Iniciación cristiana, en el bautismo, la eucaristía y la confirmación, es la fuente de la vida en Cristo y de la misión de la Iglesia. Su renovación es esencial para el futuro de la familia cristiana, del apostolado laical y de las vocaciones al sacerdocio y la vida consagrada.

Ponemos más fuego en el hogar cuando acogemos la Palabra de Dios. Es Cristo mismo quien “*está presente en su palabra, pues es Él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura*” (SC 7) En las comunidades hemos de celebrarla, meditarla, estudiarla y hacerla fundamento de la vida personal y comunitaria y de la acción pastoral.



Carlos López Hernández

Avivamos el fuego del hogar amándonos como hermanos, en comunidades vivas, en comunión eucarística, para formar en la unidad “*un solo Cuerpo*” (1Cor 12,13) y ser así “*sal y luz en medio del mundo*” (Cf. Mt 5,13-14).

Necesitamos más fuego en el hogar de la familia, que sea fundamento para la renovación de nuestras comunidades. La auténtica “*iglesia doméstica*” hace creíble la belleza del matrimonio y del amor entre los esposos y con los hijos.

2.2. “**Salir al encuentro del hombre de hoy**” supone recuperar la alegría apostólica y misionera y la actitud de una Iglesia madre acogedora con entrañas de misericordia. Una Iglesia que realiza con esperanza el primer anuncio del Evangelio, que cuida con esmero los procesos de iniciación a la fe y el acompañamiento de la vida cristiana (EvGa 160-175). Y una Iglesia dispuesta a salir y hacerse presente en los nuevos escenarios de la cultura actual, y de las alegrías y sufrimientos de los hombres de hoy, acogiendo en diálogo las aportaciones que el mundo le hace (Cf. GS 44). Con estas actitudes nuestra Iglesia diocesana puede estar volcada en el anuncio del Evangelio, en el servicio a los pobres y en la promoción de la justicia.

3. Estructuras que nos lleven al encuentro con Jesús

La actitud inicial para llevar a cabo la reforma de las estructuras de nuestra diócesis es la fe y la gratitud: “*Cada uno debe sentirse feliz de pertenecer a la propia diócesis. Cada uno puede decir de la propia iglesia local: aquí Cristo me ha esperado y me ha amado; aquí lo he encontrado y aquí pertenezco a su Cuerpo Místico. Aquí me encuentro dentro de su unidad*” (Pablo VI, *La Eucaristía, vínculo de unión y centro de la Iglesia local y universal*. Ecclesia 32, 1972/2, 1401).

La primera estructura que necesita renovación es el corazón de cada discípulo del Señor. Para este vino nuevo buscaremos los necesarios odres nuevos en nuestra Iglesia (Cf. Mc 2,22), con un retorno a las fuentes de la vida cristiana.

Toda reforma de la Iglesia debe conducir a fortalecer la comunión en todo el Pueblo de Dios. Las estructuras tienen que ser expresión de la comunión para la misión; para hacer realidad la Iglesia misionera y en salida que tanto anhelamos. Estructuras sencillas de una Iglesia pobre, para acoger y dar preferencia a los más pobres.



Carlos López Hernández

Queridos hermanos: este hermoso programa de renovación espiritual y apostólica, tras las huellas de Jesús y de San Juan de Sahagún, puede hacerse realidad en esta Eucaristía, si en ella vivimos con total intensidad la comunión con Cristo y con los hermanos. La eucaristía es la fuente de donde brota la vida de la Iglesia y la cumbre a la que tiende su actividad.

Salamanca, 12 de Junio de 2017